

Mekronos (Capítulo 1: La mancha)

Gema López Sánchez



Capítulo 1

**¡MEKRONOS, YA A LA VENTA EN
EBOOK Y EN PAPEL!**



Era una noche sin luna. Una noche de esas en las que la anaranjada contaminación lumínica era todo lo que se veía a lo lejos. El resplandor asfixiante de la ciudad se filtraba a través de la ventana de Esmeralda, que contemplaba embelesada, sentada en la cama, con lágrimas en los ojos. Apretaba las sábanas con las uñas y buscaba con toda su concentración una estrella con la que poder distraerse. A pesar de la fiebre y el frío, ella se apoyaba en el marco de la ventana abierta. Respiraba, tratando de olvidar el nauseabundo olor de su habitación, en la que llevaba un día encerrada por la enfermedad. En realidad, no solo por la enfermedad, pero eso nadie lo sabría. En su mano un teléfono móvil. Curioso que todas las noches tuviera un mensaje de WhatsApp del molesto grupo de su clase en la universidad, una petición de apuntes de alguien, un amigo que le ofreciera quedar, incluso un “¿Cómo te va?” de su madre; pero justo aquella noche, nadie le hablaba. Nadie. Y la conversación que tenía abierta era la última que había tenido con el chico que más había querido. “¿Me quieres?”, “No, ya no”. Esas tres palabras

fueron las últimas que él le dedicó. Su termómetro marcaba treinta y nueve grados; tenía frío y calor a la vez. Se secó las lágrimas con el brazo, con rabia.

–Esto no es nada. –se dijo a sí misma. Se levantó mareada de la cama y se miró en el espejo. Era como el cadáver de una joven que había sido hermosa. Sus labios forzaron una sonrisa, y a pesar de que su mirada estaba cargada de ira, no pudo evitar que una lágrima se escapara de su ojo. Golpeó con fuerza la pared, haciéndose daño. Acto seguido se sentó en el escritorio, abrió su portátil y empezó a adelantar trabajos que no se corregirían hasta dentro de un mes. Mientras ella tecleaba trataba de apartar de su mente cada recuerdo, cada caricia... La fiebre iba en aumento, y ella acabó con medio cuerpo apoyado sobre la mesa y una sola mano tecleando a duras penas.

Con elegancia y suavidad, una mariposa negra entró por la ventana. Esmeralda la miró, sin ser capaz de distinguir si se trataba de un producto de su imaginación producido por el cansancio. La elegante mariposa nocturna se posó sobre su mano, y la joven la observó, hasta que los ojos le pesaron. Un súbito pinchazo, parecido a una pequeña descarga eléctrica, hizo que se irguiera de golpe. Vio una fea polilla agarrada a su mano, y el asco le hizo sacar el brazo por la ventana y agitarlo hasta que el insecto se largó. Trató de volver al trabajo, con su ordenador, pero se quedó irremediablemente dormida.

El despertador empezó a sonar con violencia desde la mesilla de noche. En un movimiento instintivo, la chica alargó el brazo buscándolo, hasta que se dio cuenta de que no estaba en su cama, sino sobre el escritorio. Mentalmente soltó una maldición, y al levantarse de la silla comprobó que tenía agujetas por todo el cuerpo. Teniendo en cuenta el asco de noche que había pasado, aquella mañana no era mucho mejor... Para encontrar fuerzas se dictó una serie de órdenes simples: Ahora tienes que elegir ropa, Esmeralda; ahora tienes que apagar el ordenador; ahora tienes que cerrar la ventana... ¡Mierda, la ventana! En su habitación hacía un frío glacial y ella había estado con fiebre. Debió de haber sido un milagro que no le diera una pulmonía. Tras cerrarla y hacer la cama, se dio cuenta de que físicamente estaba mucho mejor. Bien –pensó–, eso es todo lo que necesito. Buscó en su armario la ropa más deslumbrante que tuviera, no le importaba que no combinase con la atmósfera aburrida de la universidad. Acabó por escoger una camisa de color violeta, como sus ojos, y una falda vaquera que le estilizaba las piernas. Con eso y un poco de maquillaje bastaría para tapar todo signo de enfermedad... y de debilidad.

Todavía no había amanecido, y ese día se había vestido excesivamente rápido. Mientras se preparaba un sándwich para el descanso entre clase y

clase, veía desde la ventana de la cocina los colores que poco a poco iban cubriendo el cielo. La línea de luz en el horizonte iba creciendo. Esmeralda sonrió.

–Hoy es un nuevo día... –susurró. No estaba animada, ni feliz. Las lágrimas le ardían en los ojos para no salir, pero ella ya había llorado suficiente. Tal vez hubiera perdido algo importante, pero seguía teniendo esperanza. Miró en su agenda y recibió una muy buena noticia, aquel día su hermano se iba a ir a compartir piso con ella. ¡Por fin su piso de estudiante dejaría de ser tan aburrido! Echaba mucho de menos a su hermano, Julio. Se había propuesto comprarle algo de ropa o una suscripción a juegos online; seguro que le haría ilusión. Anotó en la agenda: “Compras para Julio”.

En ese momento comenzó a oler a quemado. Esmeralda se dio cuenta rápidamente de que no provenía de su piso, sino del de enfrente. Cogió su bolso y su abrigo, salió de casa y llamó a la puerta de su vecino, Miguel. Abrió la puerta un chico rubio, rellenito, que tenía las gafas de culo de botella manchadas de vapor. Miguel sonrió al verla, pero una súbita tos borró su sonrisa. En pocos segundos el humo que salía de su casa inundó el pasillo entero. Esmeralda también tosió.

–Pero bueno, Miguel, ¿te has vuelto pirómano? –preguntó ella entre tosido y tosido. Él le contestó bastante animado.

–¡Qué va! Verás, esta noche quería invitar a Safa a cenar y quería prepararle algo rico.

–Miguel, son las ocho de la mañana.

–Ya, ya lo sé... –respondió él poniendo los ojos en blanco. –Pero es que no tengo la más remota idea de comida árabe, tengo que aprender todo lo que pueda para esta noche.

–¿Y no sería más fácil que pidieras un kebab a domicilio? –Miguel la miró como si acabara de soltar una herejía.

–Esto tiene que ser algo personal, tiene que saber que me esfuerzo por ella. –Su cara se puso todavía más roja de lo que estaba por el calor.

–Voy a decirle lo que siento... –Los sentimientos de Esmeralda se volvieron contradictorios. Por una parte, ella sabía que Miguel era un buen chico y le deseaba lo mejor; por otra parte, sabía que su mejor amiga, Safa, no sentía nada por el muchacho. ¿Debía alentarle o quitarle las ideas de la cabeza? Como de costumbre, su honestidad ganó el pulso.

–Oye, Miguel... No estoy segura de que Safa esté muy dispuesta en este momento... –La sonrisa del chico desapareció en un visto y no visto.

–Pero, –añadió– si aun así quieres intentarlo, que sepas que su comida

favorita es la lasaña de espinacas. –La sonrisa reapareció.

–¡Joder! ¡Gracias, Esmeralda! ¡Te debo una bien grande! –La chica tuvo la sensación de que él la habría abrazado de euforia. Ella también sonrió, pero cuando se despidió de él vio cómo su vecino miraba con gesto sombrío su mano.

–Ey, ¿qué te ha pasado? –Esmeralda no sabía a qué se refería, hasta que siguió la dirección de su mirada y vio su propia mano. Una mancha negra cubría la mitad del dorso y la palma, parte de la muñeca y la falange del pulgar. ¿Pero qué...?

–¿Es un tatuaje que salió mal? –añadió Miguel.

–¡No seas tonto! ¡No me gustan los tatuajes! Seguramente sea un moratón...

–¿Es que le has dado un puñetazo a la pared? –Ella le lanzó una mirada seria antes de despedirse definitivamente de él.

Salió de casa sin dejar de mirarse la mano. La tocó con otro dedo, no le dolía. No era como ningún otro moratón que hubiera visto, pero estaba segura de que no era una mancha de tinta. Decidió pedir cita lo antes posible con el médico.

Miró por un momento su hogar. El lugar en el que la estudiante vivía, en principio, fue un conjunto de dos chalets contiguos que su dueña unificó y que convirtió en un “cuádruplex”. En la planta superior, lo que correspondería al primer piso de un chalet, vivía Esmeralda. A su derecha se encontraba la casa de Miguel. Debajo de ellos, un matrimonio que se pasaba el día discutiendo; y al lado del matrimonio vivía María Rosa, la arrendadora. La universidad a la que Esmeralda asistía estaba a unos pocos metros de la casa. Esmeralda estudiaba el grado de periodismo en la Universidad Carlos III de Madrid, en el campus de Getafe. Le había costado mucho llegar allí y tenía claro que lucharía por tener un futuro brillante.

Aún quedaba una hora hasta que empezaran las clases. Se dirigió a la residencia de estudiantes Fernando de los Ríos, en la que se alojaba Safa. Una vez allí, la esperó en la puerta. Al cabo de cinco minutos, una preciosa chica de piel morena la saludaba sonriente. Un rizo negro se escapaba de su hiyab malva, llevaba una camisa del mismo color, pantalones pitillo y unos tacones que la obligaron a agacharse para darle dos besos a su amiga. Juntas se dirigieron al bar El Eskinazo, donde desayunaban siempre que podían.

–Pero bueno, Safa, te has puesto muy guapa. ¿Es que hay algún chico al que quieras echarle el guante? –Su amiga se rio de una forma adorable.

Esmeralda se consideraba muy bonita, tenía un alto autoestima, pero veía a Safa como a una Coco Channel árabe.

–¡Tal vez! Mira, hoy me he despertado de muy buen humor. He pensado que esta noche podríamos irnos de fiestuki, si te encuentras mejor de tu catarro.

–¿De fiesta? ¡Pero si es miércoles!

–¡Ya! Pero precisamente por eso hoy hay una oferta especial: entrada gratis y barra libre en el Sirena hasta las tres. Además, mañana es jueves, recuerda que los jueves no tenemos clase –Esmeralda la miró con cierto reproche. –¡No me mires así! Estoy segura de que hoy no mandarás deberes y no hay exámenes a la vista, además, me apuesto un brazo a que tienes todas las asignaturas al día. Solo nos queda el trabajo en pareja que mandó el Tembloroso, pero es muy facilito. Podríamos quedar con Luis y tú podrías traerte a Pedro.

BUM. Ya había metido el dedo en la llaga. Esmeralda puso la misma cara que un cerdo frente al matadero. Safa lo percibió.

–¿Qué sucede? ¿Habéis discutido de nuevo? –Esmeralda negó con la cabeza y le contó lo ocurrido.

–¡No me lo puedo creer, vaya cerdo! ¡Después de años de relación y te hace esto! ¡Maldito capullo integral! –Ver a su amiga insultando a su ex debería reconfortarla, pero no lo hacía. Estuvo cerca de un cuarto de hora dándole vueltas con la cucharilla al café mientras Safa se indignaba. De pronto Safa calló y la miró alarmada. –¿Él te hizo eso en la mano?! –Esmeralda se miró la mancha negra, ya ni la recordaba.

–Qué va, qué va. Pedro será un cabrón, pero jamás me haría daño. Además, fue todo por WhatsApp. –Mientras decía eso se dio cuenta de que la mancha había crecido. –Esto es solo un golpe. –Safa agitó la cabeza y la tela del pañuelo se agitó con elegancia.

–No quiero parecer insensible, no me imagino cómo tienes que estar pasándolo... Pero creo que precisamente esta noche te vendría bien salir y airearte. Aunque sea, estemos hasta la una. No quiero verte triste. –Solo Safa sería capaz de ver en el rostro de mármol de Esmeralda una emoción como la tristeza. Al final Esmeralda cedió. Al fin y al cabo el jueves llegaría su hermano, así que iba a desaprovechar la tarde de todas formas.

Ambas chicas se dirigieron a la Facultad de Humanidades, Comunicación y Documentación. A primera hora tenían Teoría de la Comunicación Mediática. En la puerta de clase las esperaba un chico excesivamente alto y delgado que debía rondar el metro noventa: Luis. Un rubor se encendió en las mejillas de Safa cuando fue a saludarlo. Él las saludó y juntos

entraron a la clase. Luis, Safa y Esmeralda eran el grupito marginado por los estudiantes pero aplaudido por los profesores. Eran llamados “los de la primera fila”, donde siempre se sentaban y atendían. No era el caso general, pero su clase era particularmente competitiva. Los alumnos se hacían la zancadilla unos a otros a menudo. La mayoría eran de ascendencia burguesa o eran hijos de alguna eminencia del periodismo, por lo que no soportaban sacar peores notas que una chica de clase baja como Esmeralda o que una extranjera árabe como Safa. A decir verdad, Safa era musulmana pero no del todo practicante. Creía en Alá pero no soportaba el tinte machista que manchaba su religión, al igual que Esmeralda, que se mostraba escéptica frente al cristianismo. Safa no era muy amiga del hiyab y siempre que lo llevaba dejaba que varios rizos escaparan de la tela. Luis, por el contrario, era popular en la universidad por sus novatadas en la residencia Gregorio Peces-Barba y por ser el as del equipo de baloncesto; pero por alguna razón había decidido ser amigo de las dos chicas desde el primer día.

La clase, que normalmente le resultaba interesante a Esmeralda, ese día se le hizo tediosa. Pasada una hora se dio cuenta de que apenas había anotado tres frases de apuntes en la hoja de Word de su ordenador. Sabiendo que no conseguiría volver a engancharse a la clase, decidió matar el tiempo en Internet. Miró las actualizaciones de las redes sociales, sus cinco correos electrónicos... Su madre le había mandado un mensaje diciéndole que la noche anterior no la había llamado porque tenía guardia en el hospital y había habido una pelea entre borrachos con graves secuelas. Le hizo saber que, al final, Julio iría a Getafe en la mañana del día siguiente por cercanías; y le recordó que David estaría una semana entrenando a los nuevos reclutas del ejército, por lo que tampoco podía cogerle el teléfono. Siguió mirando su correo y metiendo la mayoría de las newsletters de los blogs a los que estaba suscrita en “Correo no deseado”, hasta que encontró un mensaje interesante del Espacio de Estudiantes de su universidad. A partir del día siguiente publicarían en el tablón de anuncios los alumnos a los que se les había concedido la beca de community manager remunerada, las prácticas extracurriculares, pero aún tardaría unos días en publicarse de forma online debido a un problema técnico.

De pronto sintió un dolor intenso en la mano. Era como una fuerte descarga eléctrica pero más constante. Se apretó una mano con la otra sin saber bien qué le estaba pasando. La cabeza le dolía muchísimo. Todo era repentino. Sentía como si el sonido de cincuenta camiones se filtrara en sus oídos hasta ensordecirla. Se habría puesto las manos en los oídos de no ser por el dolor que tenía en una de ellas. Se estaba mareando.

–Señorita Creus.

Volvió a la realidad. Lo primero que pensó es que odiaba que la llamaran

por ese apellido.

–¿Sí? –El profesor la miró sorprendido y curioso. Esmeralda siempre estaba atenta en su clase. Él solía dirigirse a ella para que respondiera las preguntas que ninguna otra persona de su clase sabía. En esa aula había ciento cincuenta alumnos, maldita la casualidad de que solo se supiera el apellido de Esmeralda.

–¿Está en clase con nosotros? –se escuchó una risita al fondo de la clase.

–Sí.

–Entonces tal vez podrá contarnos de qué trata la teoría de la espiral del silencio.

Ella no tenía la más remota idea. No había seguido la clase. Miró la hoja de Word de sus apuntes por si había suerte.

–Sin mirar el ordenador, por favor. –añadió el profesor. Ella le miró a los ojos. –¿Puede contestar?

Cuando la joven iba a negar con la cabeza, la respuesta acudió a su mente. Sus labios se movieron antes siquiera de que ella se diera cuenta. Podía visualizar perfectamente en su mente una hoja digital con la respuesta.

–Con espiral del silencio nos referimos a la situación en la que una mayoría expresa su opinión frente a una minoría cuyas ideas son contrarias, pero que al verse abrumada por la cantidad de personas que opinan de manera diferente, termina por no expresar su opinión o incluso por fingir tener la de la mayoría. –El profesor se quedó mirándola de forma inquisitiva unos segundos de más antes de continuar con su clase. Esmeralda miró a sus amigos. Luis le sonrió y Safa le levantó el pulgar.

Esmeralda se fijó en que su mano estaba completamente cubierta por una mancha negra con forma de llamas.

En cuanto salió de la clase se sentó en una de las mesas del hall del edificio y pidió cita en el médico. Tuvo suerte y le concedieron la cita justo para el día siguiente por la tarde, que era cuando pensaba ir a Villalba a cenar con su familia; iría a ese hospital. La joven ya estaba empezando a preocuparse por esa cosa que tenía en la mano. ¿Y si era algo cancerígeno? No le había dolido ni una sola vez salvo en ese episodio dentro de la clase, así que no podía ser un moratón. Además, ¿qué había pasado exactamente por su cabeza para que supiera la respuesta a una pregunta que nunca había escuchado? A ver, Esmeralda, relájate... Se dijo

a sí misma. Seguramente, aunque no estuviera atendiendo, el profesor habría explicado lo que era la espiral del silencio y alguna parte de su cerebro había retenido la explicación. Y lo del moratón tal vez sería un hematoma muy fuerte o una reacción alérgica, o tal vez alguna consecuencia de la fiebre que había pasado un día atrás, pero ella se encontraba muy bien de salud. Tan solo debía relajarse. Lo de Pedro había sido muy duro, tenía la mente alborotada, pero tenía que seguir viviendo su vida y no estresarse. Cerró los ojos, inspiró... expiró... inspiró... expiró... Era la técnica de relajación que le enseñaron cuando fue a examinarse en la Selectividad. Inspiró... expiró...

–¿Es una técnica de meditación, acaso? –Esmeralda se asustó y realizó un brusco movimiento que causó que se le cayera el bolso al suelo. Había un chico a su lado. A su lado no, pegado a ella. Le había susurrado esas palabras en el oído y por eso la había sobresaltado. La chica sintió tanta vergüenza que se quitó la máscara de diplomacia para mostrar su rostro rojo e iracundo.

–¿Te importa, acaso? –Él sonrió. Era un chico de piel extremadamente blanca que contrastaba con un pelo lacio y negro desordenado. Su vestimenta se componía también de camiseta, vaqueros y zapatos negros. Incluso sus ojos eran de azabache... y la miraban burlones.

–Solo siento curiosidad. –La miraba fijamente a los ojos, lo cual activaba las alarmas de la estudiante. Toda su mente le indicaba que lo mejor que podía hacer era alejarse de ese tío. Cogió sus cosas a toda prisa y contestó secamente:

–Era de relajación. Adiós. –y se fue del edificio. El chico se quedó tras ella, mirándola fijamente con una sonrisa sarcástica.

¡Menudo loco! ¡Casi parecía un acosador! Había muchas maneras de tirar los tejos en el mundo, pero estaba claro que ese chaval no las conocía. Aunque, Esmeralda tenía que reconocerlo, el cabrón era guapo. Tal vez le sobraba ese aire lúgubre. Agitó la cabeza. ¿Qué leches estaba pensando? Acababa de salir de una relación, no quería saber nada de tíos en muuuucho tiempo. Se dirigió a su taquilla y cogió el bañador. Aquel día era la Semana del Deporte, así que la piscina sería gratis y el SPA también. Safa y Luis estaban en clase, en una asignatura optativa que ella no tenía. Iría sola.

En los vestuarios, Esmeralda se sentía bastante incómoda. Las chicas (alumnas y profesoras) se quitaban la ropa sin ningún reparo, mientras que ella prefería cambiarse en la cabinita-vestuario que tenía puertas. Cualquiera podría pensar que era por el pudor que le daba que vieran las desiguales cicatrices que tenía por la espalda y los costados y que nadie había conocido, salvo Pedro. Pero no era solo eso; en general no le gustaba que la miraran cuando estaba desnuda, tenía gran pudor incluso

con las personas de su mismo sexo. Sexo... Ahora que lo pensaba, se había quedado a dos velas. Comprobó su cartera, en la que llevaba un preservativo, y lo cierto era que sintió tristeza. Cuando salió, ya con el bañador, el resto de chicas se habían ido. Fue a tirar el condón a la basura, pero en un último momento se lo pensó. Esmeralda era muy discreta con las cuestiones sexuales, no era para nada una mojigata, pero no se sentía capaz de tener sexo con alguien a no ser que amara a esa persona. Qué leches, –pensó – si al fin y al cabo los pagué yo. Si los condones tenían fecha de caducidad de tres años, tal vez tendría que darle al tiempo una oportunidad. Al final volvió a guardarlo en la cartera.

–¿Lo usarás conmigo?

–¡AAAGH! –Esmeralda se resbaló y se cayó al suelo. Desde allí gritó al chico moreno: –¡¿PERO QUÉ DEMONIOS HACES AQUÍ?! ¡LÁRGATE! –Él la miró con cierta... ¿ternura?... desde la puerta del vestuario. Ella se levantó, sorprendentemente, no se había hecho daño con la caída.

–Verás, es que te estoy siguiendo. –le contestó como el que dice “qué buen día hace”. Esmeralda echaba humo.

–Te aseguro que cuando salga le diré al guarda lo que has hecho. Hay cámaras, te expulsarán.

–Yo no soy alumno. –La chica se quedó otra vez a cuadros.

–¿Entonces que eres? ¿Un acosador? ¿Un paparazzi? ¡Te aseguro que iré a la policía!

–¿Paparazzi por qué? ¿Qué interés tendría un paparazzi en ti? –se quedó pensativo un momento. –Ah, ya. Lo de que seas modelo de una marca de ropa barata en tu tiempo libre. ¿Por qué usas pseudónimo? Ni que ser modelo fuera lo mismo que ser escritora.

Esmeralda ya había pasado la línea de la furia y ahora estaba realmente preocupada. Nadie, absolutamente nadie sabía que tenía un trabajo fuera de la universidad como modelo, solo Safa. Cogió un secador que había en su espalda para partírsela la cabeza con él a ese extraño chico si trataba de hacerle algo malo. Ella iba a abrir la boca, pero él se le adelantó.

–Bueno, nos veremos en un momento. –Cerró la puerta y se fue.

Esmeralda fue a coger su teléfono para llamar a... ¿quién? ¿A Safa, a la policía, a la universidad, a su madre? En cualquier caso no pudo, pues descubrió que el móvil no se encendía. ¡Menudo momento para quedarse sin batería! Al final decidió seguir con sus planes de bañarse, pues el chico no llevaba mochila ni parecía que tuviera el bañador bajo la ropa. Si iba a esperarla, tal vez lo haría fuera, de modo que si se vestía y se iba era

probable que volviera a encontrárselo... Era mejor hacer tiempo nadando hasta que se aburriera, entonces lo reportaría a la universidad. Sí, buen plan, eso haría. Además, seguramente Safa iría a buscarla con Luis y la cosa estaría en un tres contra uno. Se relajó.

Se asomó desde el vestuario hacia la piscina y el SPA. No había ni rastro del chico. Bien, algo era algo. Primero quiso ir al SPA, pero una señora de mantenimiento le dijo que estaba completo y que debía esperar unos minutos. La piscina deportiva estaba casi vacía, así que decidió nadar allí un rato. Al principio se concentró en entrenar, en hacer tantos largos en tantos minutos, hasta que se cansó y se dejó flotar sobre el agua, mirando al techo. Trató de dejar la mente en blanco.

Pasado un rato tuvo un presentimiento y se miró la mano. ¡La mancha se había ido! Tal vez no era nada más que eso, una mancha de tinta o de algo parecido que se había quedado muy pegada a su piel, pero tras esas sesiones de nado se había limpiado. Bien, una preocupación menos. Tendría que anular su cita con el médico. Decidió hundirse en la zona más profunda de la piscina y aguantar ahí todo lo que su respiración le dejara. En ese lugar estaba lejos del mundo...

Abrió los ojos bajo el agua. Gritó, quedándose sin oxígeno. Se quedó paralizada de terror. Había algo en esa piscina. Pudo distinguir la sombra borrosa de un gran animal. ¿Un tiburón? ¿Un cocodrilo? Parecía una mezcla de ambos, tal vez un dragón acuático. ¡No podía ser! Se impulsó hacia arriba y salió de la piscina a la velocidad del rayo. Respiró entrecortadamente, casi ahogándose, y paseó la vista por la piscina buscando a ese monstruo. No vio nada. No había nada. Solo dos chicos jóvenes. Se sentó en el suelo, aún estaba saliendo del shock. Se puso las manos sobre la cara... La mano estaba negra de nuevo.

Sigue leyendo aquí ---> relinks.me/B01J60JAOQ